

CANTARES DE INOCENCIA



WILLIAM BLAKE

William Blake

Cantares de Inocencia

bajalibros.com

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la fotocopia y el tratamiento informático.

ISBN 978-987-678-452-8

Publisher: Vi-Da Global S.A.

Copyright: Vi-Da Global S.A.

Domicilio: Costa Rica 5639 (CABA)

CUIT: 30-70827052-7

Introducción

Soplaba mi flautín por valles silvestres,
tocaba canciones de júbilo afable,
en una nube distinguí a un niño,
que con risas me dijo:

"¡Sopla un cantar que hable del
Cordero!"

Y lo toqué con ánimo risueño.
"Flautista, sopla de nuevo ese cantar".
Volví a hacerlo: lloró al escucharlo.

"Suelta tu flautín, tu flautín dichoso;
canta tus canciones de acento feliz";
y otra vez entoné lo mismo,
mientras regocijado él lloraba al oírlo.

"Flautista, siéntate y escribe
en un libro que todos puedan leer."
luego se esfumó de mi vista.
Y arranqué un junco hueco.

E hice una pluma rústica
y teñí el agua límpida
y escribí mis felices cantares
que todo niño disfrutará al oírlos.

El Prado Resonante

Se eleva el sol
y los cielos se vuelven dichosos;
resuenan alegres las campanas
como bienvenida para la primavera;
la alondra y el zorzal,
las aves de los arbustos,
trinan estrepitosamente
ante el sonido jovial de las campanas,
mientras nuestros juegos son vistos
sobre el Prado Resonante.

El viejo Juan, de cabellos blancos,
ríe y aparta sus preocupaciones,
sentado bajo el roble,
entre los demás ancianos.
Se ríen de nuestros juegos
y poco después todos dicen:
"Así, así se disfrutaba
cuando nosotros, niñas y muchachos,
en nuestra juventud éramos vistos
sobre el Prado Resonante".

Hasta que los pequeños, ya exhaustos,
no pueden seguir la diversión;
el sol va descendiendo,
y nuestros juegos se acaban.
En torno al regazo de sus madres
muchas hermanas y hermanos,
como pajaritos en su nido, se disponen al reposo,
y dejan de verse los juegos,
en el Prado oscurecido.

El Cordero

¿Quién te hizo, Corderito?
¿Conoces a quien te creó?
¿Quién te dio la vida y te irguió
junto al arroyo y sobre el prado;
te dio un abrigo delicioso,
manto suave, lanoso, brillante;
te dio una voz tan tierna,
que causa regocijo en los valles?
¿Quién te hizo, Corderito?
¿Conoces a quien te creó?

Yo te lo diré, Corderito;
yo te lo diré, Corderito:
es llamado con tu nombre
pues a sí mismo se llama Cordero.
Es manso, y es sutil;
se volvió un niño pequeño.
Yo un niño, y tú un cordero,
nos llaman con el mismo nombre.
¡Que Dios te bendiga, Corderito!
¡Que Dios te bendiga, Corderito!

El Pastor

¡Qué dulce es la dulce fortuna del Pastor!
Deambula desde el alba hasta el atardecer;
debe seguir a su rebaño el día entero,
y su lengua se embeberá con alabanzas.

Pues oye el inocente llamado del borrego,
y escucha la tierna respuesta de la oveja;
vigila mientras permanecen en calma
pues saben cuándo está próximo su Pastor.

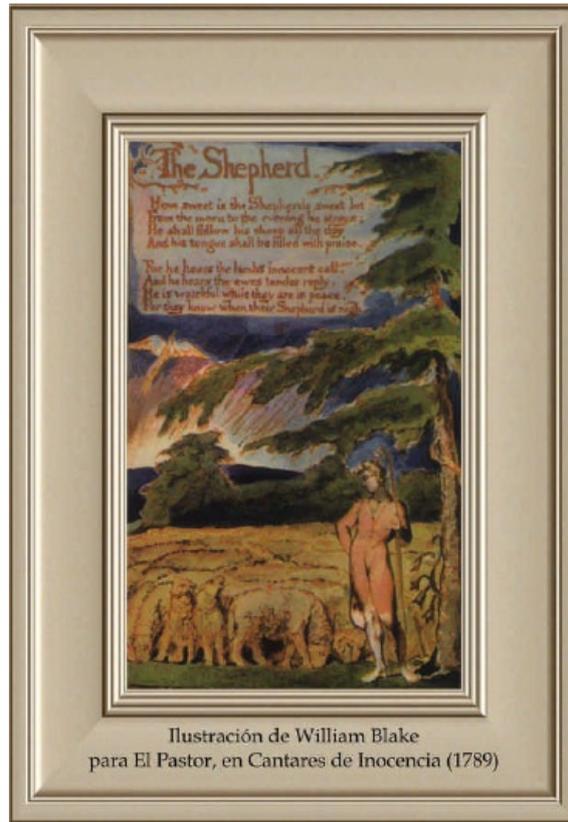


Ilustración de William Blake
para El Pastor, en Cantares de Inocencia (1789)

Alegría Infantil

"No poseo nombre:
pero nací hace dos días."
¿Cómo te llamaré?

"Soy feliz.
Me llamo alegría."
¡Que el dulce júbilo sea contigo!

¡Bonita alegría!
Dulce alegría, de apenas dos días,
te llamo dulce alegría:
así tú sonríes,
mientras yo canto.
¡Que el dulce júbilo sea contigo!



El Negrito

 Mi madre me parió en el sur agreste,
y soy negro, pero ¡oh! mi alma es blanca;
 blanco como un ángel es el niño inglés,
pero yo soy negro, como carente de luz.

 Mi madre me instruía debajo de un árbol,
y sentándose antes de que se calentara el día,
 me colocó sobre su falda y me besó,
y señalando al este, empezó a decir:

 "Mira hacia el sol naciente: allí vive Dios,
 y brinda su luz, y distribuye su calor;
y flores y árboles, bestias y hombres reciben
 alivio por la mañana y júbilo al mediodía.

Y por corto espacio somos puestos en la tierra,
para que aprendamos a sobrellevar los rayos del amor;
 y estos cuerpos negros y este rostro tostado
son apenas una nube, como una arboleda sombría.

Pues cuando nuestras almas aprendan a sobrellevar el calor,
 la nube se disolverá; oiremos su voz

 diciendo: 'Salid de la arboleda, mis muy amados,
y en torno de mi morada dorada, disfrutad como corderos".

Eso me dijo mi madre, y me besó, y así se lo digo al niño inglés:

Cuando yo de la nube negra y él de la nube blanca nos libremos,

 y disfrutemos como corderos en la morada de Dios,

 lo protegeré del calor hasta que pueda tolerarlo

 y se apoye jubiloso sobre la rodilla de nuestro padre;

y entonces estaré erguido y palmearé su cabello plateado,

 y seré como él, y entonces por él seré amado.

Canto del Reír

Cuando los verdes bosques ríen con la voz del júbilo,
y el arroyo encrespado se desplaza riendo;
cuando ríe el aire con nuestras divertidas ocurrencias,
y la verde colina ríe del estrépito que hacemos;

cuando los prados ríen con vívidos verdes,
y ríe la langosta ante la escena gozosa; cuando Mary y Susan y Emily
cantan "¡ja, ja, ji!" con sus dulces bocas redondas.

Cuando los pájaros pintados ríen en la sombra
donde nuestra mesa desborda de cerezas y nueces,
acercaos y alegraos, y uníos a mí,
para cantar en dulce coro el "¡ja, ja, ji!"

La Primavera

¡Que resuene el flautín
que ahora está callado!
Delicia de las aves
de día y de noche;
el ruiseñor
en la quebrada,
la alondra en el cielo,
festivamente,
festivamente, festivamente,
para darle la bienvenida al año.

El muchachito,
repleto de gozo;
la muchachita,
dulce y diminuta;
el gallo canta
como tú lo haces;
voz alborozada,
barullo infantil,
jubilosamente,
jubilosamente,
para darle la bienvenida al año.

Corderito,
aquí estoy;
acércate y lame
mi blanco cuello;
deja que tiree
tu lanilla suave;
déjame besar
tu suave rostro:
jubilosamente,
jubilosamente,
para darle la bienvenida al año.

Canto para Acunar

Dulces sueños, formad una pantalla
Sobre la linda cabeza de mi niño;
dulces sueños de agradables corrientes
bajo rayos de luna felices y silenciosos.

Dulce sueño, que tus cejas tejan
con suave felpa una corona infantil;
dulce sueño, Ángel terso,
fluctúa sobre mi niño dichoso.
Dulces sonrisas, durante la noche
meceos sobre mi encanto;
dulces sonrisas, sonrisas de Madre,
cautivad la noche interminable.
Dulces lamentos, suspiros de paloma,
no alejéis el letargo de tus ojos,
dulces lamentos, sonrisas aún más dulces,
cautivad todos los lamentos de paloma.
Duerme, duerme, niño afortunado,
que toda la creación duerme y sonrío;
duerme, duerme felices sueños,
mientras tu madre llora sobre ti.

Dulce bebé, en tu rostro
puedo discernir la santa imagen;
dulce bebé, otrora como tú
yacía tu hacedor y lloraba por mí.

Lloró por mí, por ti, por todos
cuando era apenas un pequeñito.
Su imagen siempre verás,
rostro celestial que sobre ti sonrío,
A ti, a mí, a todos les sonrío;
quien se volvió un pequeñito.
Las sonrisas infantiles son sus mismas
sonrisas;
y cautivan con paz el cielo y la tierra.

Cantar de la Niñera

Cuando las voces de los niños se oyen
en el prado
y las risas alcanzan la colina,
mi corazón se aquieta en el pecho
y todo lo demás queda en silencio.

"Venid a casa, hijos míos, que el sol ya
se ha puesto
y los rocíos de la noche se elevan;
venid, venid, basta de juegos, vayamos
a reposar
hasta que la mañana surja en los cielos."
"No, no, déjanos jugar, que todavía hay luz
y no podemos irnos a dormir;
además, en el cielo hay pajaritos
volando
y las colinas están cubiertas de ovejas."

"Bueno, bueno, seguid jugando hasta
que la luz se vaya
y entonces volved a casa para ir a la
cama."
Los pequeños brincaron, gritaron
y rieron
y los ecos resonaron en las colinas.

Jueves Santo

Era un jueves Santo, limpios sus rostros
inocentes,
los niños andaban en parejas, de rojo,
azul y verde,
bedeles canosos iban delante, con
varas blancas como nieve,
fluyendo como el Támesis hasta dentro
de la alta cúpula de San Pablo.

¡Oh, qué multitud parecían esas flores
de la ciudad de Londres!
Sentados en grupo poseían un
resplandor propio.
Había un murmullo de multitudes,
pero multitudes de corderos,
miles de niños y niñas alzaban sus
manos inocentes.

Ahora, como un viento poderoso
elevan al cielo la voz del canto,
o como un trueno armonioso inundan
el centro del cielo.
Sentados por debajo están los ancianos,
sabios custodios de los pobres;
cultiva, entonces, la piedad, para no
alejar al ángel de tu puerta.

Capullo

¡Risueño, risueño gorrión!
Bajo las hojas tan verdes
Un Capullo feliz
te ve que raudo como una flecha
Buscas tu cuna ceñida
junto a mi pecho.

¡Lindo, lindo petirrojo!
Bajo las hojas tan verdes
un Capullo feliz
te oye sollozar y sollozar,
lindo, lindo petirrojo,
junto a mi pecho.

El Deshollinador

Cuando mi madre murió yo era muy joven,
y cuando mi padre me vendió mi boca
apenas podía gemir, gemir, gemir, gemir,
así que limpio chimeneas y duermo en el hollín.
Un día el pequeño Tom Dacre lloró cuando raparon
su cabeza rizada como el lomo de un cordero,
y le dije "¡Calla, Tom! No importa, porque con
la cabeza desnuda el hollín no arruinará tu pelo claro."
De modo que se calmó, y aquella misma noche,
¡durante el sueño tuvo una visión!
donde miles de deshollinadores, Dick, Joe, Ned y Jack,
estaban todos prisioneros en ataúdes negros.
Y llegó un Ángel que tenía una llave brillante,
abrió los ataúdes y los puso en libertad;
entonces por un verde prado corren brincando y riendo,
y se lavan en un río, y brillan bajo el sol.

Luego desnudos y blancos, abandonadas sus bolsas,
se encaraman a las nubes y juegan con el viento,
y el ángel le dice a Tom que si se
comporta bien,
tendrá a Dios como padre y no
carecerá de alegrías.

Tom despertó entonces, y nos levantamos en la oscuridad,
y con nuestras bolsas y cepillos salimos a trabajar.
Si bien la mañana era fría, Tom se sentía feliz y abrigado;
pues quienes cumplen sus deberes nada tienen que temer.

La Imagen Divina

A la Misericordia, la Piedad, la Paz y el Amor,
les rezan todos los afligidos,
y a estas virtudes del deleite
brindan todos su agradecimiento.

Pues Misericordia, Piedad, Paz y Amor
son Dios, nuestro padre amado,
y Misericordia, Piedad, Paz y Amor
son el Hombre, su hijo y su desvelo.

Porque es humano el corazón de la Misericordia,
humano es el rostro de la Piedad,
y el Amor, es humana forma divina,
y la Paz, una vestidura humana.
Por eso todo hombre, de cualquier
latitud,
que rece en su desventura,
le reza a la humana forma divina,
Amor, Misericordia, Piedad, Paz.

Y todos deben amar a la forma humana,
Sean paganos, turcos o judíos;
Donde moran la Misericordia,
el Amor y la Piedad,
allí Dios también tiene su morada.

La Noche

Desciende el sol por el oeste,
brilla el lucero vespertino;
los pájaros están callados en sus nidos,
y yo debo buscar el mío.
La luna, como una flor
en el alto arco del cielo,
con deleite silencioso,
se instala y sonríe en la noche.
Adiós, campos verdes y arboledas dichosas
donde los rebaños hallaron su deleite.
Donde los corderos pastaron, andan en silencio
los pies de los ángeles luminosos;
sin ser vistos vierten bendiciones
y júbilos incesantes,
sobre cada pimpollo y cada capullo,
y sobre cada corazón dormido.
Miran hasta en nidos impensados
donde las aves se abrigan;
visitan las cuevas de todas las fieras,
para protegerlas de todo mal.
Si ven que alguien llora
en vez de estar durmiendo,
derraman sueño sobre su cabeza
y se sientan junto a su cama.

Cuando lobos y tigres aúllan por su presa,
se detienen y lloran apenados;
tratan de desviar su sed en otro sentido,
y los alejan de las ovejas.
Pero si embisten enfurecidos,
los ángeles con gran cautela
amparan a cada espíritu manso
para que hereden mundos nuevos.
Y allí, el león de ojos enrojecidos
vertirá lágrimas doradas,
y compadecido por los tiernos llantos,
andaré en torno de la manada,
y dirá: "La ira, por su mansedumbre,
y la enfermedad, por su salud,
es expulsada
de nuestro día inmortal.
Y ahora junto a ti, cordero que balas,
puedo recostarme y dormir;
o pensar en quien llevaba tu nombre,
pastar después de ti y llorar.
Pues lavada en el río de la vida
mi reluciente melena
brillará para siempre como el oro,
mientras yo vigilo el redil."

Un Sueño

Cierta vez un sueño tejió una sombra
sobre mi cama que un ángel protegía:
era una hormiga que se había perdido
por la hierba donde yo creía que estaba.

Confundida, perpleja y desesperada,
oscura, cercada por tinieblas, exhausta,
tropezaba entre la extendida maraña,
toda desconsolada, y le escuché decir:

"¡Oh, hijos míos! ¿Acaso lloran?
¿Oirán cómo suspira su padre?
¿Acaso rondan por ahí para buscarme?
¿Acaso regresan y sollozan por mí?"

Compadecido, solté una lágrima;
pero cerca vi una luciérnaga,
que respondió: "¿Qué quejido humano
convoca al guardián de la noche?"

Me corresponde iluminar la arboleda
mientras el escarabajo hace su ronda:
sigue ahora el zumbido del escarabajo;
pequeña vagabunda, vuelve pronto a casa."

Sobre el Pesar Ajeno

¿Puedo ver la desventura ajena,
y no entristecerme también?
¿Puedo ver el padecimiento de alguien
sin tratar de aliviarlo afablemente?

¿Puedo ver cómo cae una lágrima
sin sentir que comparto ese dolor?
¿Puede ver un padre que su hijo
llora, sin sentirse henchido de pena?

¿Puede una madre escuchar sentada
el gemido de un niño, el miedo del bebé?
¡No, no! ¡Jamás podría ocurrir!
¡Nunca, nunca podría suceder!
¿Y puede quien le sonríe a todo
escuchar el piar dolorido de los pichones,
las quejas y los reclamos del pajarito,
los gemidos que los bebés emiten?

¿Sin sentarse al costado del nido para
derramar piedad sobre sus pechos;
sin sentarse junto a la cuna
para sumar su lágrima a las del niño?
¿Y no pasar la noche y el día
enjugando todas nuestras lágrimas?
¡Oh, no! ¡Jamás podría ocurrir!
¡Nunca, nunca podría suceder!

Quien brinda a todos su alegría,
se vuelve un niño pequeño,
se vuelve un hombre de pesares,
comparte lo que significa la pena.
No pienses que puedes emitir un suspiro
sin que tu creador acuda a tu lado;
no pienses que puedes verter una lágrima
sin que tu hacedor se te aproxime.
¡Oh! Él nos concede la alegría
para que nuestra pena destruya;
y mientras los pesares no se esfuman
junto a nosotros se queda a lamentarlos.

El Niño Perdido

"¡Padre, padre! ¿Adónde vas?
¡Oh, no camines con tanta prisa!
Habla, padre, háblale a tu hijito,
porque si no voy a perderme."

La noche era oscura, allí no había padre alguno.
El niño estaba empapado de rocío;
el lodazal era profundo, y el pequeño lloraba.
Y la neblina se alejó volando.

El Niño Encontrado

El niño perdido en el pantano solitario,
guiado por la luz errante,
empezó a llorar; pero Dios, siempre cercano,
apareció como su padre, vestido de blanco.

Besó al chiquillo y tomándole la mano
lo condujo hasta su madre,
que pálida de pena, por el solitario valle,
llorando a su hijito buscaba.